

Pleamar de amores...



- *Los dos del amor ni forman siquiera uno, sino que representan la caída, el aniquilamiento, la ruina del todo...* - Sus palabras ahogadas en un mar de angustias, pretendían disminuir la dolorosa ausencia de aquel ser tan amado, que se había marchado para siempre. Era la loca del hospital. Enfermera de la sala de niños. Cecilia, la que odiaba comer las cebollas. La loca muy loca... La simpática loca.

Cecilia salía a caminar luego del arduo trabajo de enfermera. Ese día, camino aun más lejos. Como buscando que el horizonte pariese de nuevo, un eterno y gran amor, mejor y mas puro que todos los demás. Ese horizonte que se vende a si mismo como una línea recta, pero que en el fondo es solo una ridícula mentira de ilusiones. Cecilia con su cara cincelada en recuerdos, sus ojos más allá de este presente, y sus cabellos, perfumando flores muertas, parecía confundirse con ese terminar del mundo a la distancia.

Salvaje, loca, neurótica, su alma se le retorció en el silencio y la soledad de los atardeceres. Y ese día, mas que nunca. Más que otros. Los últimos cantos de los pájaros en la incipiente noche, se deleitaban al zambullirse en los profundos túneles de sus oídos; pero los recuerdos le engendraban monstruos, que perseguían a las tantas voces olvidadas y a los pasos esfumados, que se revolvían una y otra vez... Una y otra vez.

Recordar al ser amado que se ha ido es un lánguido puñal, que penetra profundo y sin piedad, revolviendo las entrañas. Y que nos vuelve a arrebatar al ser querido, cuando esa memoria se cansa de intentar devolverlo a este presente etéreo. Imágenes que vuelven, fantasmas del pasado hecho presente, lo que fue y el ahora fusionados, para que el dolor nunca pierda su presencia eterna. Y el dolor, que duele y duele y duele...

El agua del mar rastreaba los ancestros de Cecilia. La luna se alzaba iluminada, pretendiendo apartar las toscas nubes que se empeñaban en tajarla. Una roca deshacía el embate de las olas, pero era impotente de mover el cuerpo de "la loca...". El frío mordía con mil bocas esa noche, pero el viento no era viento, ni las olas eran olas. Solo estaban húmedas las sombras negras, del dolor de no tenerlo al amado que se fue...

Cruzaban mil fantasmas por su cuerpo. La luna se alzaba al infinito y el mar, se volvía un bravucón malevo... Mareas que marean. Mareas que reclaman sus dominios... Mareas que tapan y tapan al crecer. Y primero fue el tobillo, luego el otro. Después fue una rodilla y unos minutos mas, fue la cintura. Cuando llego a los hombros, el mar estaba loco. Redoblaba sus esfuerzos, duplicaba la energía de sus olas, pero Cecilia permanecía inmóvil... Hasta que la cabeza loca de Cecilia se transformó en espuma blanca, en rumor de llantos, en latidos del mar, en ausencias del silencio...

Y esa noche se nubló de un negro muy negro. El dolor de Cecilia se derritió con el agua. Los peces lloraban de tristezas grises (aunque nadie se había dado cuenta que los peces lloraban). Las aves blancas en bandadas prolijas, cruzaron desde el crepúsculo al amanecer, temerosas que el dolor las salpicase. La luna ofendida, se limaba sus unas, enojada con Cecilia por haberle quitado en esa noche, en esa playa, ser el centro de atención de todas las criaturas...

Dicen que dicen que el cuerpo de Cecilia, apareció flotando boca abajo. Pero yo no lo creo... sobre la piedra en la que ella aguantó la marea, ahora se alza otra piedra con la misma forma del que fuera su cuerpo. Y no creo que el mar, de casualidad y en esa misma noche, la haya traído. Creo que es la misma Cecilia, transformada en roca para no sentir...

Cada tanto camino hacia la roca y converso con ella, en el más absoluto silencio. Dicen que la roca, sigue sufriendo... Que gime con los vientos, que llora al romper de las olas, que hace gritar a las aves sus ayes y que hace llorar a los peces, aunque nadie lo sepa... Pero yo no lo creo. No lo creo que sufra. No lo creo, porque junto a esa roca, unos meses atrás, apareció otra más nueva y más grande, con la forma de un hombre.

... Fin...